

Reportaje

Ser mujer: vocación suprema Lic. Laura Patricia López Navarro

La enseñanza de la Sagrada Escritura

Las páginas del primer libro de la Sagrada Escritura, que describen la creación del hombre y de la mujer a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1, 26-27), encierran una enseñanza fundamental acerca de la identidad y la vocación de la persona humana. Nos dicen que la creación del hombre y de la mujer es un acto libre y gratuito de Dios; que el hombre y la mujer constituyen, por su libertad e inteligencia, el tú creado de Dios y que solamente en la relación con Él pueden descubrir y realizar el significado auténtico y pleno de su vida personal y social; que ellos, precisamente en su complementariedad y reciprocidad, son imagen del amor trinitario en el universo creado; que a ellos, como sima de la creación, el Creador les confía la tarea de ordenar la naturaleza creada según su designio (cf. Gn 1, 28) (CDSI, 36).

... la dura realidad...

Hace un tiempo me preguntaban ¿qué era para mí ser mujer? De pronto, quise caer en la tentación de decir que era muy difícil, y con una facilidad increíble comencé con aquellos “rollos” de las desventajas que tenemos frente a los hombres y con las que nos ha tocado lidiar a lo largo de la vida, entre ellas: los cambios anatómicos, la menstruación, los patrones de conducta femenina de los que difícilmente nos podemos escapar (las restricciones en el horario de llegada a casa, la realización obligada de los quehaceres domésticos, etc.), las trabas para asistir a la escuela, y otras tantas que no acabaríamos.

Por otro lado, es de llamar la atención el vacío tan grande que tiene la historia cuando revisamos los nombres de quienes han hecho grandes aportes a la humanidad, y digo vacío porque nos encontramos con una gran ausencia de nombres femeninos en esas listas y en muchas ocasiones los nombres de algunas mujeres son relacionados con una que otra catástrofe, entre ellas, la del pecado original.

La complementariedad

Ante esta situación y con una pregunta en el aire, pensé que no necesariamente tenía que definir mi ser de mujer en relación a las desventajas para con los hombres, sino en correlación con ellos y a algo todavía más valioso e importante: haber sido creada a “imagen de Dios”; y encontré en la experiencia de vida y el Magisterio de la Iglesia una serie de respuestas que quiero compartir contigo.

El hombre –ya sea hombre o mujer– es persona igualmente. En la descripción del Génesis, la mujer es creada por Dios “de la costilla” del hombre y es puesta como otro “yo”, como interlocutor del hombre (cfr. MD, 6).

Tanto el hombre como la mujer, son capaces, en igual medida, de recibir el don de la verdad divina y del amor en el Espíritu Santo. Los dos acogen sus “visitaciones” salvíficas y santificantes (Cfr. CFL, 50).

En la vida de la sociedad

En cuanto a la participación en la vida de la Iglesia, encontramos que las mujeres colaboran en el anuncio y difusión de la fe en Cristo, desde muchos y muy variados campos de apostolado y su papel en la Iglesia, nunca podrá ser juzgado como secundario o marginal.

No podemos olvidar el papel insustituible de la mujer en una familia, ya sea como esposa, madre, hija o hermana. Las mujeres han preservado y consolidado la institución familiar y son merecedoras del mayor reconocimiento de la comunidad eclesial y de sus pastores.

Pero también cada día hay más mujeres conscientes de sus dones y de una manera generosa los han puesto al servicio de la sociedad y han incursionado de manera exitosa en el mundo del trabajo, ya sea ocupando altos puestos en sus centros laborales, o como mujeres emprendedoras que ya han generado nuevas fuentes de empleo.

En el campo de la política, las mujeres están convirtiéndose en agentes cada vez más importantes del cambio democrático y ya ocupan cargos como servidores públicos y de elección popular.

En la actividad educativa se puede constatar la inmensa disponibilidad de las mujeres a dedicarse a las relaciones humanas, especialmente a favor de los más débiles e indefensos. Ellas han introducido valores morales en la vida social y su actuación genera siempre un proceso de humanización en la comunidad.

Estos y otros ejemplos, nos hacen constatar la importancia del “genio” femenino puesto al servicio de la vida social. Probablemente seguiremos encontrando “desventajas” y obstáculos, pero aún así, vale la pena hacer el esfuerzo de definirnos y reconocernos como personas valiosas, creadas a imagen y semejanza de Dios y responder generosamente a la vocación suprema de ser mujer.

Tomado de
La Dignidad y Vocación de la Mujer (MD),
Juan Pablo II

La Iglesia, da gracias por todas las mujeres y por cada una: por las madres, las hermanas, las esposas; por las mujeres consagradas a Dios en la virginidad; por las mujeres dedicadas a tantos y tantos seres humanos que esperan el amor gratuito de otra persona; por las mujeres que velan por el ser humano en la familia, la cual es el signo fundamental de la comunidad humana; por las mujeres que trabajan profesionalmente, mujeres cargadas a veces con una responsabilidad social; por las mujeres “perfectas” y por las mujeres “débiles”. Por todas ellas, tal como salieron del corazón de Dios en toda la belleza y riqueza de su femineidad, tal como han sido abrazadas por su amor eterno; tal como, junto con los hombres, peregrinan en esta tierra que es “la patria” de la familia humana, que a veces se transforma en “un valle de lágrimas”. Tal como asumen, juntamente con el hombre, la responsabilidad común por el destino de la humanidad, en las necesidades de cada día y según aquel destino definitivo que los seres humanos tienen en Dios mismo, en el seno de la Trinidad inefable.

La Iglesia expresa su agradecimiento por todas las manifestaciones del “genio” femenino aparecidas a lo largo de la historia, en medio de los pueblos y de las naciones; da gracias por todos los carismas que el Espíritu Santo otorga a las mujeres en la historia del Pueblo de Dios, por todas las victorias que debe a su fe, esperanza y caridad; manifiesta su gratitud por todos los frutos de santidad femenina. (cfr, MD, 31).